RIVERA

Rosas recuerda

Después de la derrota sufrida en Monte Caseros ante el ejército de Urquiza, el 3 de febrero de 1852, la ciudad cambia de color: las divisas de color punzó con los lemas *¡Viva la Confederación! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios! ¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza!,* son retiradas de circulación.

Poco antes de que concluyera aquella batalla, cuando la derrota era segura, Rosas se había alejado del campo rumbo a La Matanza. Perseguido, recibe una herida de bala en el dedo pulgar de la mano derecha. En donde actualmente se encuentra Plaza Constitución, redacta, con lápiz y papel, la renuncia a su cargo. Prosigue la marcha y solicita asilo a Robert Gore, encargado de negocios de Inglaterra, quien esa misma noche lo conduce, junto con sus hijos, Manuelita y Juan, a la fragata "Centaur". Cuatro días después trasbordan al barco mercante "Conflict" y emprenden viaje a Inglaterra.

Juan Manuel de Rosas había nacido en 1793. En 1813 fue designado oficial de milicias y organizó el cuerpo llamado "Los colorados". Con ellos intervino en 1820 en la lucha contra los caudillos del interior y fue ascendido a coronel. Prestó su apoyo a Rivadavia hasta que éste comenzó a introducir reformas políticas, financieras y eclesiásticas. Se inclinó entonces a la oposición federal, y cuando en 1827 cayó el régimen unitario, Dorrego, designado gobernador de la provincia, lo nombró comandante general de campaña.

Ante la revolución unitaria de 1828 Rosas se refugió en Santa Fe, y desde allí logró socavar la autoridad de Lavalle, jefe unitario.

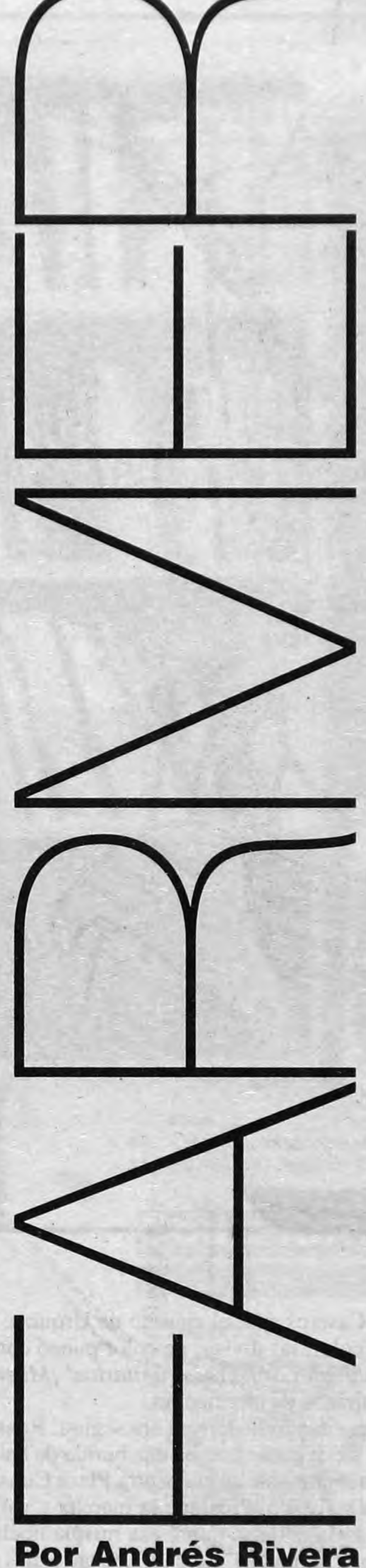
Fue elegido gobernador en 1829. Contribuyó con los recursos de la provincia a la lucha contra la resistencia unitaria en el interior. En 1832 dejó el gobierno y se alejó de la escena, emprendiendo una agitada y exitosa campaña contra los indios y contra Balcarce, su sucesor, para la cual recurrió a la intimidación y a los atentados personales.

Un plebiscito le concedió en 1835 un poder casi ilimitado. Rosas se mostró entonces intransigente en la lucha con sus adversarios políticos. Desde su llegada al poder intenta dar un tinte federal a toda la vida de la provincia. En 1839, al morir su esposa, Encarnación Ezcurra, se impuso el "luto federal"; pasado éste quedó el uso obligatorio de la divisa. En 1840 los bienes unitarios fueron embargados.

Andrés Rivera publicó *El farmer* en 1996. Exiliado en las afueras de Southampton, Rosas se ha convertido entonces en un farmer. A los 78 años, acompañado de una perra en celo, Rosas recuerda. El libro es un monólogo por el que desfilan personajes de la historia argentina.



Presentación de Guillermo Piro





Que en mi epitafio se lea:
Aquí yace Juan Manuel de Rosas,
un argentino que nunca dudó.

No fumo. No tomo vino ni licor alguno. Ni rapé. No asisto a comidas. No visito a nadie. No recibo visitas: lord Palmerston me visitó siete veces en doce años.

No voy al teatro. No paseo.

Mi ropa es la de un hombre común.

En mis manos y en mi cara se lee, como en un libro abierto, cuál es mi trabajo durante los treinta santos días del mes.

Uso botas.

Mi comida es un pedazo de carne asada. Y mate.

No tengo mujer.

No ando de putas.

Soy un campesino que escribe diez cartas diarias.

Soy un campesino que escribe un Diccionario.

El general Bartolomé Mitre, que pretendió traducir, me dicen, a un poeta blasfemo, declaró que yo fui el representante de los grandes hacendados y jefe militar de los campesinos.

¿Dónde vio campesinos, el general Mitre, en el país que supo darnos España?

Aquí, sí, soy un campesino que toma mate, sentado junto al brasero, que tiene frío, el campesino, sentado junto al brasero.

Soy un campesino, aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, a dos leguas escasas de Southampton, y a muchas más leguas de las que uno puede imaginar de mis pagos de Monte, la tierra de mis padres, y de los padres de mis padres.

Y si pronuncio mi nombre por estos campos de la desgracia, ¿quién sabrá decir: ahí va un hombre cuyo poder fue *más absoluto que el del autócrata ruso, y que el de cualquier gobernante en la tierra*?

Soy Juan Manuel de Rosas.

Soy un campesino viejo, que no ha terminado de encanecer. Y que, sentado junto a un brasero, tiene frío. Y toma mate.

Soy, también, un hombre viejo que, sentado junto a un brasero, mira nevar en sus escasas tierras, aquí, en el condado de Swanthling. Y piensa en la muerte.

Nieva en el reino de la Gran Bretaña. Nieva en Escocia. Y en Gales, y en Sussex. Nieva en Irlanda del Norte.

Nieva sobre los muros de París, injuriados por los incendios que levantaron los tullidos y las putas vociferantes de la Comuna.

Nieva en Europa, de los Urales a los Alpes, de Estocolmo a Sicilia.

Nieva en mi corazón.

Descendí a mi cabina que era la del comandante... Me acosté pronto, pero tardé en conciliar el sueño. Llegué con el recuerdo a todas las cosas y todo estaba sin vida y sin calor.

Miro mi cara en el espejo.

Me afeito cada ocho días, bajo este cielo que no es mío.

La navaja corre por mis mejillas: buen filo el de mi navaja.

Mi pulso es, todavía, de hierro.

¿Por qué hay lágrimas en mis ojos?

¿Por qué tiemblan mis labios?

Manuelita me afeitaba, hasta esa medianoche de 1852, los siete días de la semana, sin faltar uno, cuando el reloj daba las 5.30 de la mañana.

Yo no necesitaba espejos. Yo, que fui el guardián del sueño de los otros.

Yo, de quien la mejor pluma argentina de este siglo, escribió:

Hace el mal sin pasión.

El señor Domingo Faustino Sarmiento escribió, además:

En obsequio a la verdad histórica, nunca hubo gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión, y su plebiscito fue la imagen de su triunfo más amplio. ¿Sería acaso que los disidentes no votaron? Nada de eso: no se tiene aún noticia que ciudadano alguno no fuese a votar; los enfermos se levantaron de la cama para ir a dar su asentimiento.

Al señor Sarmiento le falta agregar que el plebiscito se realizó los días 26, 27 y 28 de marzo de 1835 y, por 9320 votos contra 8, la ciudad y la provincia de Buenos Aires me otorgaron facultades extraordinarias para gobernar.

El Mal, en mi boca y por mi brazo, fue orden y justicia. Lo digo aquí, en tierra extranjera, para quien quiera escucharme, Dios incluido.

El señor Domingo Faustino Sarmiento, que escribió acerca de ese unánime pronunciamiento, no le puso fecha a lo que escribió.

La verdad no vive en el calendario.

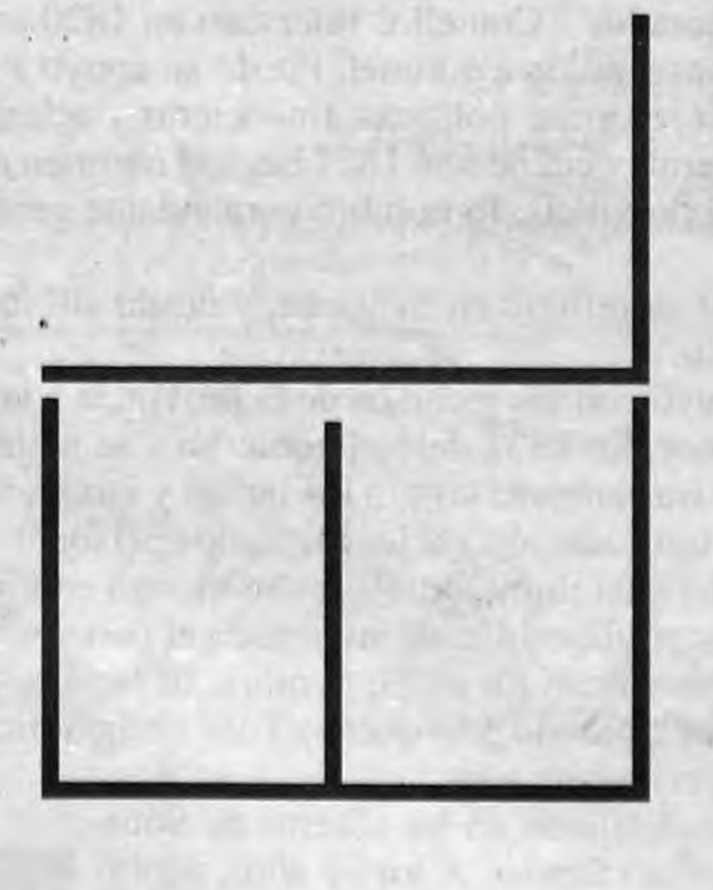
El señor Domingo Faustino Sarmiento fue, a veces, la mejor cabeza argentina de este siglo.

Y, ahora yo, gobernador-propietario de la provincia más extensa y rica de América, de la América española, estoy aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, afeitado y acurrucado junto a un brasero de hierro inglés, un desconocido para quienquiera que escuche, menos para la Historia. Y menos para mí.

¿Cómo es Buenos Aires, mi general?

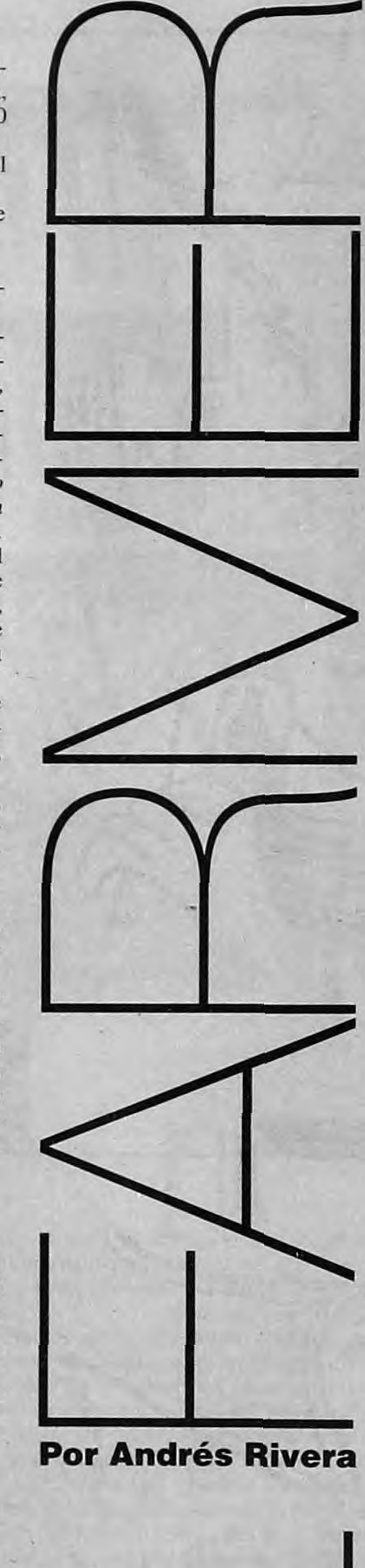
Lluviosa como un recuerdo.

¿Qué esperaban que contestara el general Juan Manuel de Rosas, aquí, bajo un cielo que no es el suyo, dueño de una granja de apenas 37 hectáreas, de un rancho que sus vecinos no envidian ni codician, y de 250 pollos y gallinas y conejos, y una docena de cerdos, dos caballos y dos vacas, un toro y





Fragmento de El farmer, An



Por Andrés Rivera

Que en mi epitafio se lea:
Aquí yace Juan Manuel de Rosas,
un argentino que nunca dudó.

No fumo. No tomo vino ni licor alguno. Ni rapé. No asisto a comidas. No visito a nadie. No recibo visitas: lord Palmerston me visitó siete veces en doce años.

No voy al teatro. No paseo.

Mi ropa es la de un hombre común.

En mis manos y en mi cara se lee, como en un libro abierto, cuál es mi trabajo durante los treinta santos días del mes.

Uso botas.

Mi comida es un pedazo de carne asada. Y mate.

No tengo mujer.

No ando de putas.

Soy un campesino que escribe diez cartas diarias.

Soy un campesino que escribe un Diccionario.

El general Bartolomé Mitre, que pretendió traducir, me dicen, a un poeta blasfemo, declaró que yo fui el representante de los grandes hacendados y jefe militar de los campesinos.

¿Dónde vio campesinos, el general Mitre, en el país que supo darnos España?

Aquí, sí, soy un campesino que toma mate, sentado junto al brasero, que tiene frío, el campesino, sentado junto al brasero.

Soy un campesino, aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, a dos leguas escasas de Southampton, y a muchas más leguas de las que uno puede imaginar de mis pagos de Monte, la tierra de mis padres, y de los padres de mis padres.

Y si pronuncio mi nombre por estos campos de la desgracia, ¿quién sabrá decir: ahí va un hombre cuyo poder fue *más absoluto que el del autócrata ruso, y que el de cualquier gobernante en la tierra*?

Soy Juan Manuel de Rosas.

Soy un campesino viejo, que no ha terminado de encanecer. Y que, sentado junto a un brasero, tiene frío. Y toma mate.

Soy, también, un hombre viejo que, sentado junto a un brasero, mira nevar en sus escasas tierras, aquí, en el condado de Swanthling. Y piensa en la muerte.

Nieva en el reino de la Gran Bretaña. Nieva en Escocia. Y en Gales, y en Sussex. Nieva en Irlanda del Norte.

Nieva sobre los muros de París, injuriados por los incendios que levantaron los tullidos y las putas vociferantes de la Comuna.

Nieva en Europa, de los Urales a los Alpes, de Estocolmo a Sicilia.

Nieva en mi corazón.

Descendí a mi cabina que era la del comandante... Me acosté pronto, pero tardé en conciliar el sueño. Llegué con el recuerdo a todas las cosas y todo estaba sin vida y sin calor.

Miro mi cara en el espejo.

Me afeito cada ocho días, bajo este cielo que no es mío.

La navaja corre por mis mejillas: buen filo el de mi navaja.

Mi pulso es, todavía, de hierro.

¿Por qué hay lágrimas en mis ojos?

¿Por qué tiemblan mis labios?

Manuelita me afeitaba, hasta esa medianoche de 1852, los siete días de la semana, sin faltar uno, cuando el reloj daba las 5.30 de la mañana.

Yo no necesitaba espejos. Yo, que fui el guardián del sueño de los otros.

Yo, de quien la mejor pluma argentina de este siglo, escribió:

Hace el mal sin pasión.

El señor Domingo Faustino Sarmiento escribió, además:

En obsequio a la verdad histórica, nunca hubo gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión, y su plebiscito fue la imagen de su triunfo más amplio. ¿Sería acaso que los disidentes no votaron? Nada de eso: no se tiene aún noticia que ciudadano alguno no fuese a votar; los enfermos se levantaron de la cama para ir a dar su asentimiento.

Al señor Sarmiento le falta agregar que el plebiscito se realizó los días 26, 27 y 28 de marzo de 1835 y, por 9320 votos contra 8, la ciudad y la provincia de Buenos Aires me otorgaron facultades extraordinarias para gobernar.

El Mal, en mi boca y por mi brazo, fue orden y justicia. Lo digo aquí, en tierra extranjera, para quien quiera escucharme, Dios incluido.

El señor Domingo Faustino Sarmiento, que escribió acerca de ese unánime pronunciamiento, no le puso fecha a lo que escribió.

La verdad no vive en el calendario.

El señor Domingo Faustino Sarmiento fue, a veces, la mejor cabeza argentina de este siglo.

Y, ahora yo, gobernador-propietario de la provincia más extensa y rica de América, de la América española, estoy aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, afeitado y acurrucado junto a un brasero de hierro inglés, un desconocido para quienquiera que escuche, menos para la Historia. Y menos para mí.

¿Cómo es Buenos Aires, mi general?

Lluviosa como un recuerdo.

¿Qué esperaban que contestara el general Juan Manuel de Rosas, aquí, bajo un cielo que no es el suyo, dueño de una granja de apenas 37 hectáreas, de un rancho que sus vecinos no envidian ni codician, y de 250 pollos y gallinas y conejos, y una docena de cerdos, dos caballos y dos vacas, un toro y

Aquí, sí, soy un campesino que toma mate, sentado junto al brasero, que tiene frío, el campesino, sentado junto al brasero. Soy un campesino, aquí, en el condado de Swanthling, reino de la Gran Bretaña, a dos leguas escasas de Southampton, y a muchas más leguas de las que uno puede imaginar de mis pagos de Monte, la tierra de mis padres, y de los padres de mis padres.



una perra joven y en celo?

Ordeñé, bajo este cielo que me será siempre ajeno, las dos vacas, y dejé que sus ubres me calentaran las manos, y dejé mis manos en sus ubres, y dejé que mis manos subieran y bajaran por esa carne caliente y poderosa hasta que mis manos se entibiaron.

Y con mis manos aún tibias les di de comer, y di de comer a los caballos, y les acaricié el cuello, y di de comer a los pollos, las gallinas, los cerdos y los conejos y, cuando terminé de darles de comer, tenía entumecidos los dedos de las manos. Salí a la nieve, y el cielo y el mundo estaban en silencio, oscuros, y sólo había luz en mi rancho, y yo me desabroché la bragueta, y oriné sobre la nieve. Un meo largo y dorado. Fuerte el meo. Casi como el de un caballo. Y vi, en la oscuridad, sobre la nieve, el arco que dibujó la orina caliente. Y me gustó ver cómo humeaba la orina en el arco dorado que dibujó en la nieve.

Quedaron dos o tres gotas de orina en la bragueta. Y otras se me fueron piernas abajo. (A veces, cuando dejo que la perra se me acerque, la perra estira el hocico y me huele la bragueta. Y su nariz se dilata. Y le asoma, entre los dientes, la punta rosada de la lengua. La perra, con el hocico en mi bragueta, gime. Me gusta que gima. La perra sabe que huele el húmedo rastro de la orina de un macho.)

Me abroché la bragueta, y volví al rancho porque se me congelaban los pies dentro de las botas.

Nieva en el reino de la Gran Bretaña.

Nieva desde el mar del Norte hasta el Océano Atlántico. Y yo, hoy, 27 de diciembre de 1871, me senté, con mis 78 años, cerca del brasero, y removí los carbones encendidos del brasero, y pregunté a ningún espejo:

¿Sabe alguien qué es el desierto?

¿Sabe alguien cuántos son veinte años de destierro?

Y ese tal Shakespeare, de quien lord Palmerston me dijo que perpetuó la lengua inglesa para toda una eternidad, ¿cuánto sabe del Bien y del Mal?

¿Cuánto sabe el señor Sarmiento del Bien y del Mal?

Me caliento, sentado junto al brasero. Tomo mate. Espumoso, el mate.

El de mi navaja es un filo que no lastima.

Quedaron dos o tres gotas de orina en la bragueta. Y otras se me fueron piernas abajo. (A veces, cuando dejo que la perra se me acerque, la perra estira el hocico y me huele la bragueta. Y su nariz se dilata. Y le asoma, entre los dientes, la punta rosada de la lengua. La perra, con el hocico en mi bragueta, gime. Me gusta que gima. La perra sabe que huele el húmedo rastro de la orina de un macho.)

Es como el aire de los bosques de Palermo, en invierno. O como el silencio de las calles de Buenos Aires, que yo, guardián del sueño de los otros, recorrí, algunas noches, al paso de mi caballo.

Hay un silencio argentino de las madrugadas.

Y hay un silencio inglés.

Y hay que Manuelita dijo, en alguna hora de contrición y desventura, que no conocería otro hombre como yo. Ni siquiera su marido, que fue paciente, y esperó que la caballería entrerriana del loco y salvaje Urquiza despedazara a mis ejércitos en los campos de Caseros, y yo y Manuelita tuviéramos que refugiarnos en Inglaterra, para montarla a Manuelita, rencoroso e impúdico, noche tras noche, como se monta a una vaca.

Lord Palmerston me dijo, una tarde, en su última visita, que ese tal Shakespeare se inspiró en mí para su *King Lear*. Así dijo: *King Lear*. Y rió. Y dijo que me reconoció en el tiempo. Que me reconoció en el tiempo: eso dijo. Y la tarde era de otoño. Y el sol se retiraba, débil, de mis campos. Y lord Palmerston y yo tomamos té.

Lord Palmerston me dijo que el rey Lear tenía tres hijas, y que yo tenía una, Manuelita y, quizá, demasiados hermanos. Dijo que el rey Lear no tuvo hermanos. Shakespeare, dijo lord Palmerston, no creyó necesario que el rey Lear tuviera hermanos.

Y lord Palmerston dijo que el rey Lear interrogó a sus hijas, *cuál de vosotras, decimos, nos ama más*. Usted, general Rosas, mi buen amigo, dijo lord Palmerston, es un hombre de suerte: no se formulará, jamás, esa pregunta abominable.

La leña inglesa es cara.

Compro carbón.

Los mineros no son hijos de Dios.

Los mineros espantan a las gentes honradas de los paseos domingueros gritándoles: *Go to church!*

Los mineros son los más furiosos y demenciales adversarios de la propiedad privada.

Corten las cabezas de los cabecillas de las huelgas en las minas de carbón, escribí a *The Times*, y clávenlas en las plazas de sus inmundos poblados.

Inglaterra es un país civilizado, como el mío, escribí, y lleva adelante rigurosos actos de orden en sus colonias africanas y asiáticas. La ordenada explotación de esas colonias beneficia a todos los ingleses: a los pobres y a los ricos.

Las minas de carbón (y aun los poblados mineros) son las colonias de la clase pudiente de la Inglaterra insular. Y los beneficios que arroja el trabajo en las minas se distribuyen menos dispendiosamente: eso es comprensible. Pero el orden es uno.

No aguanto el olor a carbón.

Necesito tres mil kilos de leña para soportar el invierno inglés. O más.

Escribir urgente a Buenos Aires.

Viejas barraganas: ustedes me evocan, febriles, codiciosas, crueles, en sus noches de soltería y desamparo. Yo, evocado –yo, el mejor jinete de la provincia, el hombre que mastica un pasto y puede decir, sin equivocarse, quién es el dueño del campo donde crece ese paso–, les humedezco las bombachas. Paguen por eso, viejas pecadoras. Manden mil libras al año, que no aguanto el olor a carbón. ■

Fragmento de El farmer, Andrés Rivera, Alfaguara (1996).



una perra joven y en celo?

Ordeñé, bajo este cielo que me será siempre ajeno, las dos vacas, y dejé que sus ubres me calentaran las manos, y dejé mis manos en sus ubres, y dejé que mis manos subieran y bajaran por esa carne caliente y poderosa hasta que mis manos se entibiaron.

Y con mis manos aún tibias les di de comer, y di de comer a los caballos, y les acaricié el cuello, y di de comer a los pollos, las gallinas, los cerdos y los conejos y, cuando terminé de darles de comer, tenía entumecidos los dedos de las manos. Salí a la nieve, y el cielo y el mundo estaban en silencio, oscuros, y sólo había luz en mi rancho, y yo me desabroché la bragueta, y oriné sobre la nieve. Un meo largo y dorado. Fuerte el meo. Casi como el de un caballo. Y vi, en la oscuridad, sobre la nieve, el arco que dibujó la orina caliente. Y me gustó ver cómo humeaba la orina en el arco dorado que dibujó en la nieve.

Quedaron dos o tres gotas de orina en la bragueta. Y otras se me fueron piernas abajo. (A veces, cuando dejo que la perra se me acerque, la perra estira el hocico y me huele la bragueta. Y su nariz se dilata. Y le asoma, entre los dientes, la punta rosada de la lengua. La perra, con el hocico en mi bragueta, gime. Me gusta que gima. La perra sabe que huele el húmedo rastro de la orina de un macho.)

Me abroché la bragueta, y volví al rancho porque se me congelaban los pies dentro de las botas.

Nieva en el reino de la Gran Bretaña.

Nieva desde el mar del Norte hasta el Océano Atlántico. Y yo, hoy, 27 de diciembre de 1871, me senté, con mis 78 años, cerca del brasero, y removí los carbones encendidos del brasero, y pregunté a ningún espejo:

¿Sabe alguien qué es el desierto?

¿Sabe alguien cuántos son veinte años de destierro?

Y ese tal Shakespeare, de quien lord Palmerston me dijo que perpetuó la lengua inglesa para toda una eternidad, ¿cuánto sabe del Bien y del Mal?

¿Cuánto sabe el señor Sarmiento del Bien y del Mal?

Me caliento, sentado junto al brasero. Tomo mate. Espumoso, el mate.

El de mi navaja es un filo que no lastima.

Quedaron dos o tres gotas de orina en la bragueta. Y otras se me fueron piernas abajo. (A veces, cuando dejo que la perra se me acerque, la perra estira el hocico y me huele la bragueta. Y su nariz se dilata. Y le asoma, entre los dientes, la punta rosada de la lengua. La perra, con el hocico en mi bragueta, gime. Me gusta que gima. La perra sabe que huele el húmedo rastro de la orina de un macho.)

Es como el aire de los bosques de Palermo, en invierno. O como el silencio de las calles de Buenos Aires, que yo, guardián del sueño de los otros, recorrí, algunas noches, al paso de mi caballo.

Hay un silencio argentino de las madrugadas.

Y hay un silencio inglés.

Y hay que Manuelita dijo, en alguna hora de contrición y desventura, que no conocería otro hombre como yo. Ni siquiera su marido, que fue paciente, y esperó que la caballería entrerriana del loco y salvaje Urquiza despedazara a mis ejércitos en los campos de Caseros, y yo y Manuelita tuviéramos que refugiarnos en Inglaterra, para montarla a Manuelita, rencoroso e impúdico, noche tras noche, como se monta a una vaca.

Lord Palmerston me dijo, una tarde, en su última visita, que ese tal Shakespeare se inspiró en mí para su *King Lear.* Así dijo: *King Lear.* Y rió. Y dijo que me reconoció en el tiempo. Que me reconoció en el tiempo: eso dijo. Y la tarde era de otoño. Y el sol se retiraba, débil, de mis campos. Y lord Palmerston y yo tomamos té.

Lord Palmerston me dijo que el rey Lear tenía tres hijas, y que yo tenía una, Manuelita y, quizá, demasiados hermanos. Dijo que el rey Lear no tuvo hermanos. Shakespeare, dijo lord Palmerston, no creyó necesario que el rey Lear tuviera hermanos.

Y lord Palmerston dijo que el rey Lear interrogó a sus hijas, *cuál de vosotras, decimos, nos ama más.* Usted, general Rosas, mi buen amigo, dijo lord Palmerston, es un hombre de suerte: no se formulará, jamás, esa pregunta abominable.

La leña inglesa es cara.

Compro carbón.

Los mineros no son hijos de Dios.

Los mineros espantan a las gentes honradas de los paseos domingueros gritándoles: *Go to church!*

Los mineros son los más furiosos y demenciales adversarios de la propiedad privada.

Corten las cabezas de los cabecillas de las huelgas en las minas de carbón, escribí a *The Times,* y clávenlas en las plazas de sus inmundos poblados.

Inglaterra es un país civilizado, como el mío, escribí, y lleva adelante rigurosos actos de orden en sus colonias africanas y asiáticas. La ordenada explotación de esas colonias beneficia a todos los ingleses: a los pobres y a los ricos.

Las minas de carbón (y aun los poblados mineros) son las colonias de la clase pudiente de la Inglaterra insular. Y los beneficios que arroja el trabajo en las minas se distribuyen menos dispendiosamente: eso es comprensible. Pero el orden es uno.

No aguanto el olor a carbón.

Necesito tres mil kilos de leña para soportar el invierno inglés. O más.

Escribir urgente a Buenos Aires.

Viejas barraganas: ustedes me evocan, febriles, codiciosas, crueles, en sus noches de soltería y desamparo. Yo, evocado –yo, el mejor jinete de la provincia, el hombre que mastica un pasto y puede decir, sin equivocarse, quién es el dueño del campo donde crece ese paso–, les humedezco las bombachas. Paguen por eso, viejas pecadoras. Manden mil libras al año, que no aguanto el olor a carbón. ■

...rés Rivera, Alfaguara (1996).

Criptofrase

Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1	2	3	■	4	1	5 J	6	7 R	■	6	2	3	4	8
7	3	9	3	■	6	10	■	1	2	3	■	6	10	11 C
12	3	13	3	■	14 Q	1	6	■	15	3	11	6	■	12
12	6	13	3	7	■	12	3	10	■	11	3	9	6	2
3	10	■	3	■	10	1	■	9	1	6	16	8 .	■	■

El perseguido

Cierto agente de Interpol que recorre el mundo haciendo investigaciones es perseguido por asesinos a sueldo. Deduzca a quiénes pudo burlar últimamente.

Deduzca a quiénes pudo burlar últimamente.

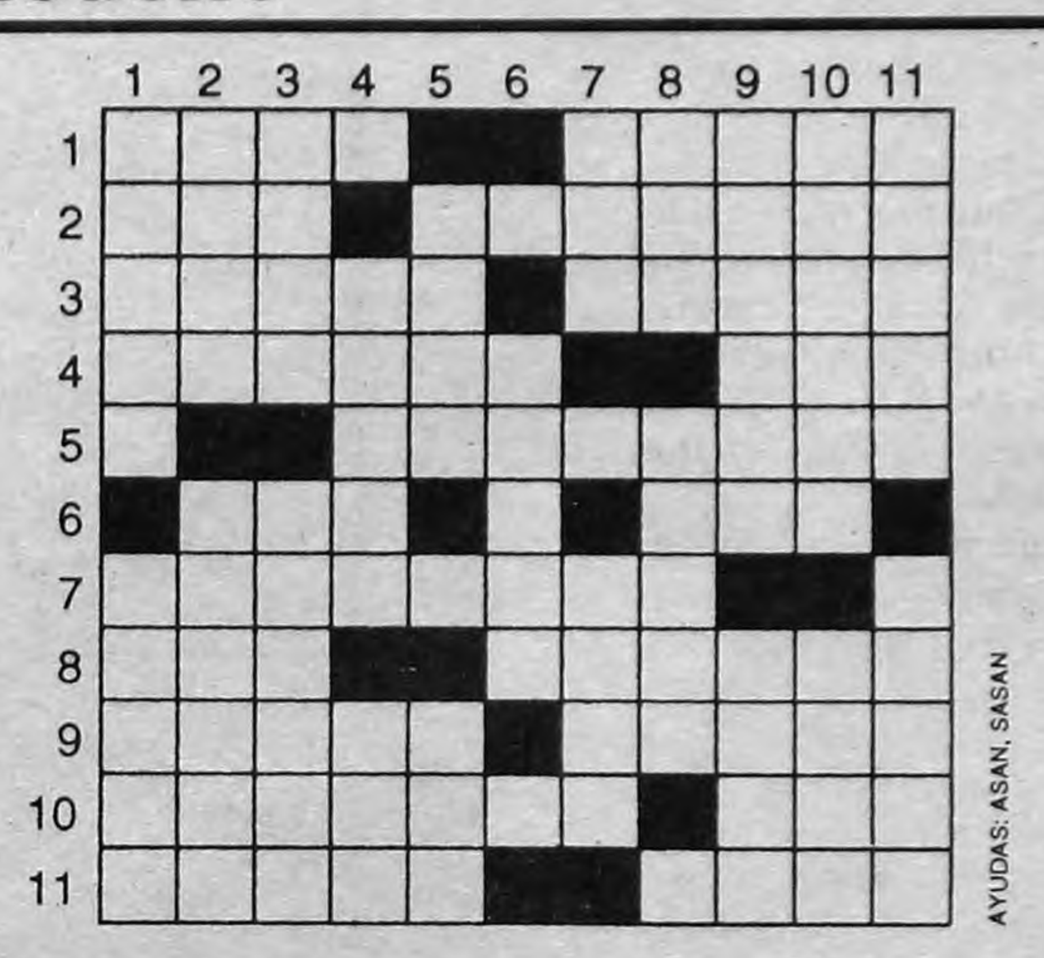
1. Ni el gordo ni el asesino contratado por la camorra napolitana lo siguieron en Berlín.
2. Cuando vio al hombre rengo, huyó del restaurante.
3. En un aeropuerto logró escapar del enviado por la yakuza japonesa.
4. El primer incidente fue en Caracas; luego, sucedió lo del hotel y más tarde, casi lo atrapa el hombre enviado por la maffia siciliana.

		De			En			Ciudad		
		Camorra	Maffia	Yakuza	Aeropuerto	Hotel	Restaurante	Atenas	Berlín	Caracas
Hombre	Gordo									
	Flaco									
	Rengo									
Ciudad	Atenas									
	Berlín									
	Caracas									
En	Aeropuerto									
	Hotel									
	Restaurante									



Hombre	De	En	Ciudad
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Circunstancia cuyo conocimiento es necesario para deducir algo./ Ruido confuso de voces.
2. Utiliza./ Que comete alevosía.
3. Daño leve que tienen algunas cosas (pl.)./ Defectos.
4. Sin moral./ Abreviatura de doctora.
5. Uno de los profetas mayores.
6. Bovino tibetano./ Unidad de potencia sonora para medir la intensidad de los ruidos.
7. De Zamora (fem.).
8. Altar./ Terreno húmedo en que se crían muchas ranas.
9. Igualas con el rasero./ ("M'hijo el ...") Obra teatral de Florencio Sánchez.
10. Ermitaño, anacoreta./ Consonante.
11. Rey persa./ Rezan.

VERTICALES

1. (Alejandro) Autor de "Los tres mosqueteros"./ Antiguos reyes de Rusia.
2. Estado de la India./ Víbora argentina muy venenosa.
3. En América, tacón./ Hagas masa.
4. (San Antonio de) Población en la provincia de Buenos Aires./ Dueña, señora.
5. Bastante./ Preposición: carencia.
6. Dejar una manda en testamento.
7. Abreviatura de "Retórica"./ Ninguna cosa.
8. Fruto de la vid./ Orgulloso.
9. Clavó los dientes./ Líquido anestésico.
10. Atrevieren./ Capital de Italia.
11. Arbusto rosáceo./ (Sofía) Famosa actriz italiana.

Soluciones

Ortodoxo

D	A	T	O	■	■	R	U	M	O	R
U	S	A	■	A	L	E	V	O	S	O
M	A	C	A	S	■	T	A	R	A	S
A	M	O	R	A	L	■	■	D	R	A
S	■	■	E	Z	E	Q	U	I	E	L
■	Y	A	C	■	G	■	F	O	N	■
Z	A	M	O	R	A	N	A	■	■	L
A	R	A	■	■	R	A	N	E	R	O
R	A	S	A	S	■	D	O	T	O	R
E	R	E	M	I	T	A	■	E	M	E
S	A	S	A	N	■	■	O	R	A	N

Criptofrase

"Una mujer enamorada es una esclava que hace llevar las cadenas a su dueño." Etienne Rey

El perseguido

Gordo, yakuza, aeropuerto, Caracas.
Flaco, camorra, hotel, Atenas.
Rengo, maffia, restaurante, Berlín.